

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO DOMINICANO
Encuentro con los presbiterios
Noviembre de 2018

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

II. El presbítero, formador del pueblo de Dios

1. Introducción

Hemos estado habituados a considerar que la formación permanente es una actualización de la formación inicial. También es frecuente que en el Seminario se tenga poco en cuenta el proceso previo de los seminaristas, vivido en sus familias y sus comunidades de origen. El resultado de esta percepción de las cosas es **una formación inicial aislada**, que tiende a alejarse de la realidad.

En esta segunda sesión de trabajo quisiera invitar a todos los presbíteros a leer estos tres grandes momentos no como compartimentos aislados, sino en la clave de la continuidad.

▪ **Cada seminarista trae consigo una riquísima experiencia.** En su familia ha aprendido los **valores humanos fundamentales** y también ha recibido **el tesoro de la fe**. Sería un grave error pedagógico no tener en cuenta esta realidad o infravalorarla. Porque en estas raíces profundas reside la capacidad de crecimiento de cada uno de ellos. Estamos hablando de valores que permanecerán para toda la vida.

Como contraparte, cada seminarista trae consigo notables deficiencias que se expresan en rasgos de inmadurez, actitudes defensivas, malos hábitos, dificultades para la aceptación de sí mismos, de sus familias y de su origen social. Todo ello exige un arduo trabajo educativo que es necesario emprender sobre la base de un conocimiento de la persona con sus circunstancias. Este realismo es una base importante de todo el proceso formativo.

Consecuentemente, los formadores deben **rescatar la experiencia previa** de cada seminarista, ayudándole a criticarla y completando lo que sea necesario para garantizar la existencia de **un hombre y discípulo** que pueda llegar a ser pastor.

▪ Todos los elementos formativos que se ofrecen a los seminaristas se ordenan a su **continuidad y profundización** durante la formación permanente. El éxito en la formación inicial no está en que los seminaristas cumplan normas disciplinares o realicen hermosos trabajos, sino en que **adquieran una actitud formativa** que permanezca a lo largo de toda la vida, animada por la caridad pastoral.

Tal actitud formativa se expresa como **apertura al aprendizaje, capacidad de consultar y de buscar ayuda, disponibilidad para el cambio, crecimiento en la sensibilidad** del pastor. Estos modos de actuar no se improvisan, sino que deben aprenderse bien en el Seminario y desarrollarse a través de sucesivas aproximaciones, de modo que puedan perdurar a lo largo de la vida.

Por tanto, la formación inicial debe realizar un proceso exigente y sistemático de **crecimiento del hombre interior**, que prepare al seminarista para mantenerse abierto a la luz del Evangelio, de modo que continúe configurándose con Cristo en el ejercicio de su futuro ministerio.

▪ La formación permanente, como hemos visto en la sesión anterior, implica un **verdadero aprendizaje continuo** que está relacionado con las circunstancias de la vida y hace del servicio ministerial al pueblo de Dios, vivido en un presbiterio, el **ámbito de su santificación**.

Es necesario que **cada presbítero se haga responsable** de su propio crecimiento integral y que en el presbiterio exista **una viva corresponsabilidad** que motive a los sacerdotes a ayudarse mutuamente en su camino de santificación. Como hemos dicho, la pastoral presbiteral es una instancia animadora de este clima formativo.

Este tema, fundamental «*ad intra*» de la vida presbiteral, adquiere un relieve importantísimo si lo pensamos «*ad extra*» en el ejercicio del ministerio, porque **todos los sacerdotes somos formadores del pueblo de Dios**. Por eso los temas relacionados con la formación no se dirigen a unos cuantos especialistas o aficionados, sino a todos los sacerdotes que están llamados a edificar el pueblo santo de Dios. Esta idea ha animado la redacción de la *Ratio Fundamentalis*, que contempla siempre el arco de toda la formación.

El arco formativo de cada sacerdote

Las narraciones vocacionales de la Sagrada Escritura siempre sitúan a los personajes en **un contexto**, en un momento de la historia y en unas circunstancias, porque es allí donde nace y crece la llamada de Dios. Cada uno de nosotros es responsable de **recuperar sus propias raíces y de profundizar en ellas**. El Papa

Francisco expresa esta idea: *Es necesario hundir las raíces en la tierra fértil y en la historia del propio lugar, que es un don de Dios. Se trabaja en lo pequeño, en lo cercano, pero con una perspectiva más amplia. Del mismo modo, una persona que conserva su peculiaridad personal [...] recibe siempre nuevos estímulos para su propio desarrollo* (Ev Gau, 235). Me refiero tanto a las **raíces humanas** como a las **cristianas**.

Si consideramos la parte humana, hemos nacido en **una familia**, en **un sector de la sociedad** y en **un momento histórico**. Estos tres elementos son sin duda portadores de grandes valores, pero al mismo tiempo están necesitados de una profunda revisión. Las raíces de los árboles siempre están torcidas. Si las cortáramos haríamos un bonsái, es decir, una planta enana. Si queremos alcanzar la estatura de Cristo (Cf. Ef 4, 13), hemos de **acariciar las propias raíces** culturales, reconociéndolas en profundidad y habilitándolas para que puedan producir frutos.

▪ **En cuanto a la familia.** Cuando llegamos a **interpretar los propios vínculos familiares desde el Evangelio** nos definimos como cristianos. Es paradigmática la experiencia de Jesús: *El que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre* (Mt 12, 50).

Tal interpretación inicia en la **pastoral vocacional**, donde el encuentro con la familia y la comunicación de los intereses vocacionales del hijo son fundamentales.

En la **formación inicial**, la distancia que se crea entre el seminarista y la familia da a éste la oportunidad de releer sus lazos familiares con la ayuda de sus formadores y del estudio de la filosofía y de las ciencias humanas, asumiendo los valores y afrontando las deficiencias. En este período la familia hace su propio proceso de evangelización. El seminarista de la etapa teológica debe alcanzar un mayor grado de libertad y una **capacidad de amar a su familia con caridad pastoral**, tal como ama y sirve al pueblo de Dios.

Durante el largo período de la **formación permanente** continuamos siendo miembros de una familia; el sacerdote necesita mantener estos vínculos preciosos y al mismo tiempo entregarse profundamente a la misión apostólica. La familia también aprende a situarse en relación con el ministerio sacerdotal de su hijo y con el presbiterio. Este es un campo vivo y concreto de formación permanente.

▪ **En cuanto al origen social.** El sacerdote nace y crece en **un sector de la sociedad**. Esta es una raíz importante de su vocación y marca el ejercicio de su ministerio. *En la escucha atenta, respetuosa y libre de prejuicios, el pastor llegará a ser capaz de hacer una lectura profunda de la realidad, sin juzgar la vida de los otros, entrando en el corazón de las personas y en los contextos vitales que las caracterizan, sobre todo en los obstáculos internos y externos, que a veces hacen problemática la existencia* (RFIS, 120). Pero ¿cómo llegará a tener esta libertad si antes no ha realizado

un proceso de reconciliación con su propia realidad social? La vocación sacerdotal es una consagración para el **servicio de todos los miembros del pueblo de Dios**. Este rasgo es esencial en la espiritualidad del sacerdote diocesano, que se debe a todos y jamás puede establecer rupturas con ninguno. Enseña el Papa Francisco: *El verdadero profeta no es un “profeta de desventuras” -como decía san Juan XXIII-, sino un profeta de esperanza: abrir puertas, resanar las raíces, resanar la pertenencia al pueblo de Dios para ir adelante* (Homilía en la Capilla de Santa Marta, 17 de abril de 2018).

El **acompañamiento de la vocación** sacerdotal deberá **ampliar el horizonte social y eclesial** de los candidatos, para que desde el inicio comprendan la importancia social y eclesial del ministerio presbiteral. Un criterio de admisión al Seminario es la superación de los límites estrechos del propio origen, de modo que el candidato no pretenda formarse solo para un sector social o eclesial.

La **formación inicial** necesita ser muy incisiva sobre este punto. Al principio, provocando un **análisis de la propia condición** social de los seminaristas y consiguiendo **un clima formativo que supere con claridad los conflictos culturales y económicos** de la localidad para vivir una auténtica fraternidad. Tiene particular importancia la **superación de los resentimientos sociales** o de carácter político. Después, ayudado por las experiencias pastorales en distintos sectores, el seminarista llega a descubrir la **amplitud de la misión** y disponerse para ella.

La **formación permanente** tiene también un profundo trabajo que realizar. La sucesiva inserción del sacerdote en **diversos ambientes sociales y eclesiales**, su proximidad ministerial con **toda clase de personas y de grupos eclesiales**, su **opción preferencial por los pobres** y los más vulnerables, representan oportunidades significativas para su crecimiento personal. Hay aquí un doble trabajo para realizar: por un lado, rescatar con serenidad el propio origen social y eclesial; por otro lado, insertarse con audacia evangélica en otros ambientes.

▪ **En cuanto al momento histórico.** Cada persona está **ligada a una época**, compartiendo con sus contemporáneos una serie de percepciones propias de una generación. La vertiginosa evolución técnica provoca que las diferencias generacionales sean más evidentes. Estamos en una sociedad en cambio. El pastor está llamado a **tender puentes generacionales**, tarea que comienza por sí mismo. *Una cultura desarraigada, una familia desarraigada es una familia sin historia, sin memoria; de hecho, sin raíces. Y cuando no hay raíces, cualquier viento termina arrastrándonos. Por eso, una de las primeras cosas que tenemos que pensar como padres, como familias, como pastores son los escenarios donde enraizarnos, donde generar vínculos, encontrar raíces, para que crezca esa red de vida que nos haga sentirnos “en casa”* (Papa Francisco, Discurso en la Basílica de San Juan de Letrán, 19 de junio de 2017).

Ya desde el **proceso vocacional** los candidatos al Seminario deben conseguir una madurez suficiente para **comenzar a tender puentes generacionales**. Por un lado, está el criterio de que un joven normal se sabe perteneciente a su generación y establece sintonías con sus iguales. Por otro lado, el diálogo con sus padres y abuelos sobre su opción vocacional es una estupenda ocasión para lograr una mayor sintonía entre las generaciones. La rigidez en este punto sería un impedimento para el ingreso.

Durante la **formación inicial** se trabaja sistemáticamente sobre la **identidad personal**, que incluye necesariamente la pertenencia a un momento histórico y el diálogo con otras generaciones. Los padres y abuelos ayudan al seminarista en este delicado trabajo que enriquece la visión de su propia historia personal y le conduce a una mayor libertad. Es fundamental que los seminaristas aprendan a utilizar un lenguaje juvenil y afronten con audacia evangélica la pastoral con jóvenes y adolescentes. Esta es una parte importante de su identidad.

En la **formación permanente**, tanto por su labor pastoral con personas de todas las edades como por su pertenencia al presbiterio, el sacerdote necesita aprender una y otra vez a relacionarse. Las relaciones tienen para él un gran valor. Al inicio del ministerio el neo-sacerdote necesita **establecer puentes de diálogo y comprensión** con sacerdotes y laicos de mayor edad, sobre todo consultando sus propios proyectos y dando continuidad a lo que está establecido. Según pasa el tiempo, deberá **abrirse a aprender de las nuevas generaciones**. La clave en todas estas relaciones es la apertura y la disponibilidad en el amor a la verdad y la búsqueda del bien. Esta capacidad de abrazar distintas generaciones y mentalidades tiene una gran importancia en el acompañamiento, que es parte normal del ministerio presbiteral.

El cuidado pastoral de la iniciación cristiana

La iniciación cristiana está a la base de todo el ejercicio ministerial. Los sacerdotes **permanecemos siendo discípulos y misioneros** en continuo crecimiento. Esta condición discipular se manifiesta en ámbitos concretos de la vida presbiteral como son:

- La **oración personal**, que nos exige permanecer a los pies del maestro escuchando su palabra.
- La **confesión** sacramental y el **acompañamiento** espiritual, que nos permite sentir la necesidad de una mediación clarificadora y del perdón de Dios.
- La **colaboración** en los proyectos pastorales, que nos permite contar con la ayuda de otras personas que complementan el propio criterio).
- La **disponibilidad** para realizar cualquier servicio en la diócesis, que nos hace más libres para la misión pastoral.
- La **opción preferencial por los pobres** y la preferencia deliberada del trabajo gratuito, oculto e incluso anónimo, que muestra un verdadero espíritu evangelizador.

En la oración personal, la vida sacramental, el acompañamiento, la colaboración y la cercanía a los pobres se puede apreciar con facilidad la calidad de la vida cristiana del presbítero. Cuidar la propia vida discipular es el **primer compromiso** del sacerdote y la **base existencial** con la que cuenta para llegar a ser formador del pueblo de Dios.

Algunos sacerdotes son enviados al Seminario para encargarse de la formación sacerdotal. Otros se encargan de la pastoral vocacional y de la formación permanente del clero. Sin embargo, **todos los sacerdotes asumen un papel formativo** en medio del pueblo de Dios. Para imaginar esta función sacerdotal primordial basta pensar en ámbitos como la pastoral juvenil, los diversos grupos o movimientos apostólicos, los consejos pastorales, la vida toda de las parroquias. Los rasgos que muestran la calidad de la vida discipular del sacerdote serán también los que definan su ministerio como formador del pueblo de Dios.

El presbítero, **maestro de oración**. El encuentro con Dios a través de la oración es un ámbito urgente de formación para todo el pueblo de Dios. Se espera del sacerdote una sensibilidad al respecto y una habilidad bien cultivada para introducir a los fieles a la meditación de la palabra de Dios. Dicha sensibilidad espiritual incluye:

- El establecimiento de **lugares y momentos de silencio**, que faciliten el recogimiento de los fieles y abran la posibilidad de una oración personal, profunda y prolongada.
- La enseñanza oportuna de los **métodos de oración**, privilegiando la meditación de la palabra de Dios en sus diferentes formas.
- La **formación bíblica**, que permita a los fieles el acceso a traducciones de calidad del texto bíblico y a una aproximación crítica de los textos. Quien comprende la Escritura ora más fácilmente con ella.
- La formación para una participación fructuosa en la **liturgia de las horas**, particularmente cuando se celebra en comunidad.
- La integración de **otras formas de oración**, como son la devoción eucarística, la devoción mariana, el rosario, la religiosidad popular, la devoción a los santos, impregnando estas formas de orar del espíritu de la oración.

El presbítero, **confesor y director espiritual**. La dedicación de los presbíteros al ministerio de la confesión y a la dirección espiritual es un elemento necesario para la conducción de una comunidad cristiana. Todos los sacerdotes deberíamos dedicar una parte relevante de nuestro tiempo a este fin, que personaliza los procesos pastorales. Se constata que con frecuencia este es un terreno desatendido y que el cuidado de la confesión y la dirección espiritual es un reflejo de la misma espiritualidad del sacerdote diocesano. Quisiera aubrayar:

- La **dedicación efectiva** de los sacerdotes a la confesión y a la dirección espiritual. Para que esto se dé es necesaria una preparación adecuada que el sacerdote va desarrollando a lo largo de las etapas de la formación permanente. Un confesor y un

director espiritual no se improvisa, sino que exige experiencia de vida, madurez humana, profundidad espiritual y algunos elementos técnicos relacionados con el acompañamiento.

- La adecuada **formación de las conciencias**. El presbítero es particularmente responsable de esta delicada tarea. Su labor formativa consigue que se desarrolle un equilibrado sentido de la culpa, el arrepentimiento y la maduración humana.

- La disposición de **espacios y tiempos** para la confesión y la dirección espiritual. Cuando el ministerio del acompañamiento se realiza realmente, de un modo natural se revisa la estructura de los confesionarios según las normas litúrgicas y se crean espacios adecuados para la dirección espiritual. La misma práctica va orientando al sacerdote para fijar horarios adecuados a las posibilidades de los fieles. Estos espacios y tiempos son un factor significativo para que los fieles puedan acceder a la confesión y a la dirección espiritual.

- La elaboración de **formularios** para el examen de conciencia y la confesión y de **protocolos** para la dirección espiritual. Son materiales que orientan el deseo de los fieles de ser acompañados y desarrollan su habilidad para ello.

- La **formación de acompañantes y directores espirituales** no ordenados, de modo que en cualquier ámbito pastoral se encuentren agentes pastorales y catequistas capacitadas y dispuestas para realizar el acompañamiento y para formar en estas materias al pueblo de Dios.

El presbítero, **coordinador de los agentes pastorales**. La actividad pastoral del presbítero se realiza habitualmente en colaboración con los fieles, laicos y religiosos. El presbítero tiene la responsabilidad de abrir espacios de participación en la misión y de preparar a los agentes pastorales para un buen ejercicio de sus funciones. Conviene crear un ambiente en el que todos los agentes pastorales se hallen en procesos de formación permanente. Para ello es necesario:

- Educar a todos en la **valoración y el respeto** de las diversas vocaciones, carismas, ministerios y servicios, poniendo de relieve su profunda complementariedad. Esta valoración es un signo de idoneidad del presbítero y un rasgo de madurez en todos los miembros de la comunidad. Si este es el punto de partida, se facilita la colaboración de todos en la única misión. La valoración y respeto de los demás en la Iglesia implica el conocimiento de la diversidad de los carismas, la oración de unos por otros y, por último, la integración armónica en las actividades.

- **Integrar los dones espirituales** que provienen de las diversas comunidades que la forman en el caminar de una sola comunidad. Estos dones del Espíritu tienen la capacidad de fecundar la comunidad y de enriquecer de un modo sorprendente su acción pastoral. Tarea del pastor es establecer el contacto con estas comunidades y abrir para cada una de ellas y para las personas que la forman cauces adecuados de participación eclesial.

- **Formación integral** de los agentes pastorales. El sacerdote que cuida equilibradamente las diversas dimensiones de su persona, promueve entre los agentes

pastorales la formación integral. Tienen particular importancia la formación teológica, espiritual y humana de quienes colaboran en diversos sectores de la misión eclesial.

- Establecer los **consejos económico y pastoral**, propiciando el ágil desempeño de estas estructuras y desarrollando un adecuado dinamismo de renovación de las mismas. El sacerdote es responsable de infundir en estos colaboradores más cercanos el espíritu evangélico y de educarlos para el servicio comunitario.

El presbítero, **modelo de entrega apostólica**. El presbítero forma a los miembros de la comunidad cristiana más con su vida que con su palabra o sus acciones. Por ello es fundamental que su liderazgo en la comunidad cristiana sea proactivo, es decir, poniendo el ejemplo de su propia vida como clave interpretativa de las acciones pastorales y de su propia palabra. ¡Qué diferencia tan grande de calidad hay en una homilía que está respaldada por la vida! Esta es una nota del carácter presbiteral (anciano) de su ministerio.

- El presbítero está llamado a ofrecer un incontestable testimonio de **servicio evangélico**, humilde, libre de ambigüedades, expresión nítida de su fe y de la caridad pastoral. Todos deben comprender de manera inmediata y viva que está para servir, y no para ser servido y que ejerce con notable humildad este servicio evangélico.

- El presbítero es proactivo en sus **actitudes pastorales**: entrega en su ministerio, atención a cada grupo y a cada persona, dedicación preferencial a los que más lo necesitan, capacidad de ponerse en salida en busca de la oveja perdida, preparación cuidadosa de la homilía, las reuniones y cualquier otra intervención en la comunidad, dedicación a la formación de los agentes.

- Es importante la **integración positiva del sacerdote en el presbiterio**, que pone en evidencia el sentido de comunión y el respeto a la diversidad. Cuando el testimonio de los presbíteros no es solo individual, sino colegial, el mensaje evangélico adquiere una gran fuerza. Esto implica tener actitudes edificantes en el presbiterio, como hablar siempre bien de los hermanos, practicar la corrección fraterna y la ayuda mutua. Donde sea posible, también tiene un gran valor la vida común de los presbíteros y la colaboración en las comisiones diocesanas.

- El sacerdote es modelo del rebaño cuando **se mantiene disponible** ante las necesidades de la diócesis y ante la encomienda apostólica del obispo. Tal disponibilidad no se limita a la pronta obediencia, sino que incluye el manejo discreto de los cambios y el respeto a los predecesores y los sucesores. Todo esto se contiene en la promesa de obediencia y respeto que ha hecho el día de su ordenación.

El presbítero, **al cuidado de los pequeños**. La encomienda de Jesús a Pedro de cuidar a los corderitos se realiza a través de destinatarios concretos en el ministerio presbiteral. Jesús dedicó el mayor tiempo de su ministerio a los más pequeños y esta debe ser la regla de vida de los presbíteros.

▪La **dedicación preferencial a los pobres**. Es el sacerdote que afronta con misericordia cualquier tipo de pobreza y entra en contacto personal con ella. Conviene que, además de organizar el cuidado de los pobres, siempre reserve para sí algún modo de servicio personal a quienes más lo necesitan.

▪Entre los pequeños tienen una relevancia particular **los jóvenes**, a quienes el documento de Puebla designó como «los pobres entre los pobres». La dedicación a la pastoral juvenil y vocacional suele ser un signo de una sensibilidad sacerdotal.

▪En este capítulo hay que incluir a **los enfermos y los agonizantes**. La cercanía del sacerdote en estas circunstancias es absolutamente necesaria.

▪Entre los pequeños tienen un lugar especial **los religiosos y religiosas**, que se han hecho pobres por el reino de los cielos. La atención personal a cada uno de ellos y a sus comunidades es una prioridad del ministerio presbiteral.

▪Además, están las personas que viven una **condición marcada por la dificultad**, por ejemplo, las mujeres abandonadas, los divorciados, las madres solteras, las personas homosexuales, los que han sufrido cualquier clase de abuso.

La formación inicial y permanente de las vocaciones

Todos los sacerdotes somos corresponsables de la formación inicial de las nuevas vocaciones. Solemos ser testigos de la confidencia vocacional de los jóvenes y de modo particular los párrocos son responsables del primer acompañamiento y de la presentación de los candidatos al Seminario y a las casas de formación.

En un segundo momento, los presbíteros continúan siendo una referencia para los seminaristas y formandos durante todo el proceso de su formación inicial. Animam la oración de la comunidad por ellos, los reciben en los períodos de vacaciones. Tienen también la delicada tarea de acoger y acompañar a quienes por cualquier motivo dejan el proceso formativo, para que continúen su vida cristiana en otro camino vocacional. En muchos casos los presbíteros son los directos responsables de la formación de las vocaciones laicales.

Animam a toda la comunidad para dar la importancia que merece a las ordenaciones sacerdotales y las profesiones religiosas. Su ministerio es muy significativo en momentos importantes de la vida familiar como el matrimonio y el nacimiento de los hijos, que tienen un fuerte contenido vocacional. Acompañan también a las personas solteras, que son particularmente activas en la comunidad.

En fin, los presbíteros tienen un papel importante en la formación permanente de todas las vocaciones, comenzando con los propios hermanos en el presbiterio y después con todos los demás.

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero